

Yecla 2022

Semana Santa

del 8 al 17 de abril

PREGÓN 2022



AYUNTAMIENTO
DE YECLA



Región de Murcia



REAL CABILDO SUPERIOR DE
COFRADÍAS PASIONARIAS-YECLA



REAL COFRADÍA DE PASIÓN
YECLA



SEMANA SANTA

YECLA 2022

PREGÓN

Pronunciado por:

D. Jesús Verdú García

*El 27 de Marzo de 2022, a las 12:30 h.
en la Iglesia de San Francisco*

“Cuando digo yo soy cristiano”

Cuando digo yo soy cristiano,
no estoy gritando soy salvo,
estoy susurrando estaba perdido
pero fui encontrado y perdonado.

Cuando digo... yo soy cristiano,
no es que lo diga con soberbia,
estoy confesando que tropiezo
y necesito que Cristo me guíe.

Cuando digo... Yo soy cristiano,
no me jacto de ser fuerte,
estoy profesando que soy débil y
pido fortaleza para seguir adelante.

Cuando digo... Yo soy Cristiano,
no estoy presumiendo de éxito,
estoy admitiendo que he fallado
y no puedo pagar mi deuda.

Cuando digo... soy Cristiano,
no estoy diciendo que sea perfecto,
mis defectos son demasiado visibles
pero Dios cree que valgo la pena.

somos un barco a la deriva sin tener donde amarrarse, y nos convertimos en personas vulnerables.

A veces somos nosotros mismos los que dinamitamos nuestra propia familia, por nuestra torpeza, nuestro egoísmo, nuestro orgullo, porque nos creemos autosuficientes, porque creemos que las amistades, u otras personas con las que nos relacionamos, pueden cubrir ese espacio. Pero en los momentos de soledad, en las dificultades, y también en los momentos dichosos, en el fondo de nuestro pecho, hay un vacío que nadie puede llenar, tan solo ellos...

Y es que con la Sagrada Familia empezó todo.

Y gracias a mi familia, a mi mujer y mis hijos, hoy me encuentro aquí ante ustedes, con la túnica de mi cofradía, con las manos llenas de sudor y temblorosas por los nervios, con el corazón acelerado de la emoción y sí, con algún hueco en el alma de esos que tan sólo ellos pueden tapar; para tratar de transmitirles lo importante que es nuestra Semana Santa.

Esta mañana he prescindido de la presentación personal porque no hay nada relevante que decir, solo que soy un capuchino más que va a tratar de hacerles sentir nuestra Semana Santa con la Fe y la emoción con la que cada año la vivo, y posiblemente les va a resultar muy fácil entenderme, porque esa misma experiencia es la que compartimos cada año juntos, cuando el tablón del trono se nos clava en el hombro y alzamos la mirada para ver a Cristo Misericordioso Crucificado, y darnos cuenta que pese a todo, junto a él somos afortunados, bajo nuestros capuz, o cuando los músicos cofrades rompen la serenidad de la noche con sus trompetas y crean ese ambiente mágico, que hace que entre la niebla del incienso la mirada de angustia de nuestra Madre se nos clave en el alma.

Esta mañana el interés se centra en nuestra Semana Santa.

Decía Azorín que Yecla “*tiene la melancolía inefable de quién ha vivido mucho*” y sin duda, la manifestación más antigua que ha perdurado a lo largo de los siglos en nuestra ciudad es la Fe, encauzada a través de las cofradías, donde se articulaba la sociedad y desde donde se realizaban las celebraciones y las obras de caridad. Y entre las celebraciones, la conmemoración de la Semana Santa.

Juan Jesús Azorín “Morterico” va a aparecer mucho esta mañana porque siempre ha estado presente en la Semana Santa de mi recuerdo, como dije, tenía una banda de judíos, y tenía también un cuerpo de lanceros.

Los mayores, que tenían pulmones para tocar la corneta y fuerza para llevar el tambor, iban en la banda, nosotros los pequeños no parábamos de dar el follón pidiendo un traje de lancero para salir, y así, en cuanto la estatura mínimamente lo permitió, me dieron mi traje de lancero.

Pronto cambié la incomodidad de aquella metálica vestimenta por el capuz y los ropajes de capuchino, pues yo nunca fui capaz de hacer sonar una corneta, más allá de soltar algún bocinazo carente de afinación alguna.

Fueron esos años de finales de los 70 y principios de los 80 del siglo pasado donde, después de una etapa de decadencia, las cofradías volvieron a reorganizarse.

Y desde entonces hasta nuestros días la Semana Santa de Yecla no ha dejado de crecer, convirtiéndose en una de las celebraciones más destacadas de nuestra ciudad y de mayor esplendor de la Región de Murcia, siendo un claro ejemplo de la regia Fe que atesora nuestro pueblo, que nos hace amarlo de la manera magistral que lo expresó Azorín y está plasmado en las calles de nuestra ciudad:

“Yo amo a yecla, a este buen pueblo de labriegos... los veo amar, amar la tierra... y tienen una fe enorme, la fe de los antiguos místicos... esta es la vieja España, legendaria, heroica.”

Sin duda uno de los factores que contribuyó en mayor medida en la recuperación de nuestra Semana Santa ha sido la música, y es la música la que mayor huella ha dejado en mí la Semana Santa, sin haber sido nunca músico, sin haber pertenecido a una banda.

De nuevo “Morterico” con su banda, que mantuvo el estandarte de nuestra Semana Santa enarbolado y permitió la incorporación de bandas como la OJE o la de Cruz Roja.

No duró mucho pero dejó su semilla en las bandas de la Magdalena, San Pedro, la recuperación de la del Ecce Homo, la Agonía o los “Sanjuaneros”, y más recientemente la Caída, la Oración en el Huerto, la Verónica o la Virgen de las Angustias.

A todos los músicos cofrades mil gracias por vuestro esfuerzo. Y a los que la pandemia no ha permitido reagruparos, tened la certeza que os esperamos de nuevo en nuestras calles.

Y en torno a estas bandas las familias que se incorporan de capuchinos, manolas o anderas y que han convertido a las cofradías en lugares colectivos de participación de todos los miembros de la casa donde, desde los más pequeños en los tercios infantiles, o de monaguillos portando el incienso, a los hijos mayores, padres y madres, abuelas o abuelos, todos pueden participar de manera directa.

No he sido músico y sin embargo se habrán fijado en que hoy me acompaña esta vieja corneta, muchos sabéis porqué.

Al igual que mi incapacidad de hacer sonar un instrumento me alejó de las bandas y me llevó al tercio de nazarenos, he tenido la fortuna de convivir con una de las personas que más ha sentido y amado la Semana Santa, y que con mayor entrega se dedicó a promover entre los jóvenes el sentimiento de músico cofrade.

Sí, mi “hermanico” pequeño. Si os digo Javier Verdú, algunos no sabréis de quién os hablo, pero si os digo el “Verdu”, más de uno le recordará.

Él mantenía la Semana Santa presente en casa durante todo el año, quizás sin saberlo es el responsable que el resto de hermanos permaneciéramos activos en alguna cofradía, y sin duda fue el culpable de que sus sobrinos se convirtieran en músicos cofrades o capuchinos en alguna cofradía.

Él mantuvo los últimos años de la banda de “Morterico” y fue uno de los responsables de la introducción en Yecla del formato y la música cofrade de las agrupaciones musicales, de la que destaca la incorporación al repertorio de la Hermandad de Santa María Magdalena de “LA SAETA” curiosamente, o no, la última pieza que tocaron sus labios antes de dejarnos.

(Roberto Puche Rubio a la percusión y Alberto Candela Gaspar a la trompeta interpretan “La Saeta”)

Con esta pequeña muestra quiero visibilizar a todas las bandas de Yecla y rendir homenaje a todos los músicos cofrades de nuestra ciudad, que tanto esfuerzo y tiempo dedican y que han permitido que la música cofrade sea uno de los elementos de mayor relevancia que atesora nuestra Semana Santa, hasta el punto que es uno de los valores a destacar de nuestros desfiles procesionales.

No diré más, solo sé que, en la banda sonora de mis recuerdos, en casa de mis padres o en el campo, siempre resuena de fondo el sonido de su trompeta.

Y destacar que para él lo importante no era enseñar a tocar las piezas musicales, como me dijo un compañero suyo cuando falleció, lo más importante que le enseñó Javi no fue a tocar la trompeta, fue a sentir por qué y para quién se toca la trompeta.

En la vida nos enfrentamos a momentos difíciles, pero si nos paramos a reflexionar, si detenemos por un momento este mundo acelerado y loco, donde cada uno vamos a lo nuestro y apenas miramos siquiera al vecino para saludarle, si fuésemos capaces de perdonarnos nuestras pequeñas afrentas que nos ciegan por orgullo, y en ese espacio de meditación y silencio mirásemos a Dios, nos daríamos cuenta que, en el fondo, todos tenemos motivos para sentirnos dichosos.

Dicho así queda muy bonito, y en el día a día seguro que soy el primero que tropieza en estos errores mundanos, pero al menos intento evitarlos cada día para que mi camino se rijan por las huellas que Jesús nos dejó marcadas a su paso por nuestro mundo.

Quizás eso es lo que me atrae de la Semana Santa, la lección de vida que Cristo nos dejó, ver como de la noche a la mañana podemos pasar de la adoración de las palmas por aquellos que nos rodean a ser perseguido, maltratado, rechazado, y ver como desaparecen todos los aduladores y te quedas sólo, pero tener la certeza de que, si nos mantenemos firme en la Fe, si mantenemos la esperanza, al final brilla la luz, se abre una puerta que nos indica el camino.

Y digo que me siento afortunado por la familia que tengo, por las vivencias compartidas, por los derroteros que ha marcado mi día a día, por la gente que me he ido encontrando, como a Antonio García, mi presidente de cofradía, que en momentos de dificultades en casa me ofreció la oportunidad de agarrarme a un estandarte que me ha mantenido en pie, y que siempre me ha dado fuerzas para seguir adelante. Precisamente el estandarte del Cristo de la Caída, como una lección de vida.

Que en definitiva es lo que nos dejó Jesucristo, un código de cómo, pese a las dificultades y los momentos duros de la vida, siempre hay que mantener la esperanza en él, convencidos que al final está la recompensa.

Sabéis lo que os digo porque cada uno de vosotros, esté donde esté, en su día cogió su estandarte, su trompeta, su cirio, su cetro, sus andas... su cruz, para mantenerse firme en el camino de la vida, para seguir el camino de Cristo.

Siempre he pensado que los valores que nos dio Jesús es la mejor hoja de ruta para conducir nuestra vida por eso, consciente de mis limitaciones, trato de seguirla.

Pero para poder seguirla hace falta un guía, alguien que te ayude y te marque el camino, que te oriente cuando te sientas perdido. Esos son los pastores de la iglesia, desde el Papa hasta el párroco de nuestro barrio o las hermanas religiosas, que con sus obras y su palabra nos permiten descifrar el sentido de nuestra Fe.

Decía que tenemos que seguir el ejemplo de Jesús, de seguirlo y de defenderlo, por eso también me siento afortunado porque, orgulloso de ser de una familia de agricultores y ganaderos y siendo un simple carpintero, un día la vida me ofreció la oportunidad, de la mano de Felipe Ortuño, de contribuir en el desarrollo de mi ciudad desde la gestión municipal.

Pude compartir trabajo con el Alcalde Juan Miguel Benedito, que Dios tenga en su gloria, y pasé a formar parte del equipo del hoy Consejero Marcos Ortuño, liderado en la actualidad por nuestra Alcaldesa Remedios Lajara. Y decía que me siento afortunado porque, en estos tiempos revueltos, llenos de relativismo, donde parece que todo vale, donde triunfa el egoísmo y se pierden los principios y los valores ancestrales que nos enseñaron nuestros abuelos, en un tiempo en el la iglesia es vilipendiada, donde resulta gratuito arremeter contra los cristianos y contra los valores que han cimentado nuestra sociedad, es un privilegio poder formar parte de un equipo, liderado por Remedios, que tiene clarísima la defensa de nuestras tradiciones, de nuestras señas de identidad, de nuestras manifestaciones culturales, las expresiones de religiosidad popular y la Fe de Yecla.

Gracias a ellos he podido trabajar estos últimos años junto a Luis Azorín, como presidentes del Cabildo, como antes pude hacerlo con Alberto Muñoz y Paco Muñoz junto a sus respectivas directivas, pero también con las distintas cofradías y agrupaciones musicales de nuestra ciudad, en su labor de enriquecimiento social y solidaridad desde la obra social que se realiza dentro de ellas.

Y por supuesto también en la promoción turística de la Semana Santa de Yecla. Semana Santa que está declarada de Interés Turístico Regional.

Porque la celebración de la Semana Santa forma parte de nuestra manera de ser y vivir, ha contribuido a nuestro desarrollo colectivo, aplicando unos valores que nos distinguen como sociedad, aunque algunos las quieran relegar a un segundo plano o reducirlas al ámbito de lo privado.

He de confesar que, en más de una ocasión, he tenido la sensación de impotencia al no poder encaminar con éxito el trámite para que nuestra Semana Santa sea declarada de Interés Turístico Nacional, o Internacional, que por la elegancia, belleza y formalidad de sus desfiles, por la esencia que atesoran, por las manifestaciones singulares que albergan en su desarrollo bien lo merecen. Todos lo sabemos.

Pero por otro lado recuerdo una anécdota que me contaba Juan Jesús Azorín, “Mortérico”, en su casa, cuando iba junto mi hermano a recoger una corneta y, entre trajes de lancero, cascos de hojalata, pechinas, escudos, capas, túnicas y un precioso estandarte de seda con un águila bordada, nos contaba que hacía muchos años, cuando la banda de “Mortérico” era reconocida en toda la comarca, visitó Yecla el Delegado de Gobernación que, viendo nuestros desfiles procesionales, le decía que esta Semana Santa habría que declararla de Interés Turístico, y “Mortérico”, desde el fondo de aquellas gruesas gafas, nos miraba fijamente y orgulloso nos decía, que él le contestó que no, que a la Semana Santa de Yecla habría que declararla de Interés Religioso.

Y pienso yo hoy en día si eso no es lo verdaderamente importante, porque la declaración de Interés Turístico mide el valor artístico de los pasos procesionales, la calidad de las túnicas, lo llamativo que es el desfile, como si fuese un espectáculo, la cantidad de gente que viene a verlo, el número de habitaciones de hotel que tenemos....

Y todo eso está muy bien porque contribuye a mover la economía local, pero no mueve la conciencia social, y la esencia y el sentido de lo que hacemos es la Fe, y eso, que no lo mide el Interés Turístico, siempre lo ha demostrado Yecla.

Por encima del valor artístico de nuestros pasos procesionales, por encima de la calidad de las túnicas, la orfebrería, los estandartes, por encima

de todo eso está la manifestación de Fe de todo un pueblo, por eso, pese a los momentos difíciles que se han vivido a lo largo de nuestra historia, siempre se ha mantenido viva la celebración de la Semana Santa, por eso ni tan siquiera la quema de todo el patrimonio y las imágenes de nuestra Semana Santa consiguió su desaparición, porque la Semana Santa es el reflejo de la Fe que llevamos dentro y eso no nos lo pueden arrancar.

Porque una imagen sin Fe no es más que un trozo de madera tallado, es la devoción la que convierte esa imagen en algo valioso, en un símbolo de amor a Dios, y eso si lo sentimos así nadie nos lo puede arrebatarnos, y da lo mismo que sea una talla preciosa o una escultura de escayola, el verdadero valor a nuestras procesiones no lo da el interés turístico que tengan, lo aportamos nosotros con nuestro amor, nuestra ilusión, nuestra pasión y nuestra Fe. Ese sentimiento es el que ha mantenido viva la Semana Santa en Yecla y no una determinada declaración turística.

Y pienso que quizás “Morterico” tenía razón. Porque es una osadía querer clasificar y catalogar el sentimiento de los pueblos, porque la Semana Santa de Yecla no es ni mejor ni peor que la de cualquier otro lugar, es la forma de mostrar al mundo nuestra Fe, es la forma particular de expresar la religiosidad popular de nuestra ciudad.

La que hemos heredado de nuestros mayores, es el tesoro recibido de nuestros ancestros y que tenemos la responsabilidad de conservar, y transmitir con nuestro ejemplo, a los que nos rodean.

Por eso hermanos cofrades yo os exhorto a que vivamos con intensidad todos los actos de nuestra Semana Santa y que, al sacar en procesión a nuestros titulares podamos transmitir nuestro sentimiento, el amor que atesora nuestra religión, a todo aquel que se acerque a compartir con nosotros nuestra singular forma de “procesionar”.

Montad los estandartes, planchar las túnicas, preparar flores, caramelos, incienso, sacad brillo a vuestras trompetas, a vuestros faroles, afinad los tambores, que está llegando el día, y en el Viernes de Dolores cuando el Pregonero, a lomos de su caballo, proclame el inicio de la procesión, amarrad fuerte el varal de nuestra Señora del Dulce Nombre de María y compañeros anderos, pedid la Misericordia a Cristo por nuestras faltas, para que nos ayude a vivir con intensidad la conmemoración de su Pasión, Muerte y Resurrección.

Pidamos que el Sábado de Pasión, a través de la Sangre de nuestro Señor se nos conceda el perdón, para poder recibid a Cristo en nuestras vidas el día de su entrada triunfal, el domingo, con nuestras palmas y ramos de olivo.

Que con el gozo de encontrarnos ya inmersos en plena Semana Santa, preparemos nuestros corazones rezando el Santo Rosario, en busca de la salud de nuestra alma, y poder acompañar en su caminar a nuestra Madre Dolorosa.

Y así llegar al Martes Santo, limpios y dispuesto, para que la luz de los faroles de los miles de niños yeclanos, acompañando al Cristo Yacente, nos ilumine el camino hacia la Basílica, verdadero epicentro de la pasión yeclana.

Es el fiel presagio de los intensos momentos de emoción que nos quedan por vivir junto a nuestros hermanos; cofrades, músicos, anderos y penitentes, capuchinos y manolas, empujadores de tronos, floristas... y también junto aquella persona que se resguarda en una esquina del frío viento yeclano mientras pasa la procesión, la señora que se santigua, el caballero que se pone de pie al paso de nuestro Señor, esos jóvenes adolescentes que, entre bromas, intentan reconocer a algún amigo que se oculta bajo el capuz, y al niño que lleno de asombro pregunta a la madre por algún detalle.

Nadie puede quedarse impassible frente a los desfiles procesionales de Yecla, que a partir de Jueves Santo se transforman en un verdadero catecismo popular.

Abre los días grandes de Semana Santa en Yecla la Oración en el Huerto de nuestro señor momento previo a su prendimiento, la negación de San Pedro y a que veamos a Jesús azotado en la columna. Un imponente templo nos muestra al Ecce Homo mientras el vil Pilatos lava sus manos.

Es el momento previo a ver al Jesús Nazareno, con la Cruz a cuesta cargando con nuestros pecados, seguido de Santa María Magdalena que no puede enjugar sus lágrimas, le acompaña San Juan el joven apóstol, de pronto una mujer se adelanta, es la mujer Verónica que limpia el rostro de Jesús, dejando marcada en su paño la Santa Faz.

El camino es duro, la cruz obliga a Cristo a caer de rodillas, y en este momento nos da una lección de vida, de perseverancia, de no abandonar nuestro camino, y de solidaridad con aquel Cirineo que ayuda a Jesús a seguir su destino.

A lo lejos, ya despojado de sus vestiduras, vemos acercarse un pequeño Cristo a los pies de la Cruz adorando al Padre, una imagen pequeña pero que es una grandiosa muestra de amor por los hombres.

La emoción comienza a apretar la garganta cuando divisamos a Cristo en su agonía.

Todo culmina cuando el Centurión romano atraviesa el costado de nuestro Señor con su lanza, certificando que ha alcanzado la buena muerte.

En ese momento se estremece hasta el mismo cielo, las lágrimas terminan por desbordar los ojos nublados por la extraordinaria belleza de una madre que, mientras su hijo yace muerto en su regazo, y con un puñal clavado en el pecho, abre sus brazos y levanta la mirada al cielo, en el mismo instante en el que se parte el alma al contemplar el dolor, materializado por la gubia de Salzillo, en el rostro angelical de dos pequeños angelitos que tratan de besar las heridas en las manos de Cristo.

Pero no termina aquí el desfile, como si fuera una señal de lo que nos espera, cierra la procesión la Virgen sola, con los ojos llenos de lágrimas, pero transmitiéndonos la esperanza de quien sabe con certeza, que esto es sólo un trance que hay que pasar, que no hay que desfallecer en la Fe, y que al final llegará la recompensa de la resurrección. Como si fuera todo una metáfora de nuestro caminar por la vida.

La noche del jueves la envuelve la oscuridad, tan sólo permiten ver el camino unos cirios, que proyectan alargadas sombras sobre las paredes de las casas agolpadas en empinadas rampas, como retorcidas entre callejuelas medievales, un Cristo que abre sus brazos pidiendo Paz y el silencio, sólo roto por las notas de antiquísimas saetas.

Por toda la ciudad están plantados los Monumentos a Cristo, como aquellos olivos del huerto de Getsemaní mientras, emulando los pasos de Jesús, los yeclanos andan entre ellos en busca de consuelo en la oración.

Viernes Santo temprano se encamina el cortejo hacia los pies de la Iglesia Vieja, lugar donde Jesús hace un alto en el camino para despedirse de su madre, María, siempre fiel y sierva de su hijo, le tributa tres sentidas reverencias al tiempo que Jesús la saluda con la cruz a cuesta.

Pero es la noche de Viernes Santo la que reserva el momento de mayor solemnidad de la Semana Santa yeclana.

Descendido Cristo de la Cruz, se procede al traslado de su imagen al Santo Sepulcro, acompañado por sus más fieles discípulos, San Juan, San Pedro, la mujer Verónica, la Magdalena y un imponente paso de andas donde, Santa María de Cleofás es portada por casi un centenar de mujeres a semejanza de la fortaleza de María.

Cierra el cortejo Cristo Yacente y tras él su madre dolorosa. Luto y dolor, el dolor de siete puñales que atraviesan su alma y su corazón, el dolor de una madre que ha perdido a su hijo, un dolor tan grande que no existen palabras para expresarlo.

El incienso pone un velo de niebla en las calles, a lo lejos, las notas de las más sentidas marchas procesionales ponen la banda sonora a una serenidad solo rota, de cuando en cuando, por el sonido agudo de la campanilla que el capataz golpea para indicar el reinicio de la marcha, y a su paso, respeto absoluto y silencio de velatorio. Nadie puede permanecer sentado ante el paso de semejante cortejo.

Ya llega Cristo a su sepulcro, y su madre no lo ha dejado ni un momento, le acompaña hasta que su cuerpo reposa sobre la losa de la Capilla reservada para él en la Iglesia de San Francisco, y allí permanecerá hasta que el año próximo, la inocente luz de los niños de Yecla baje a buscarlo, e ilumine su camino hacia la Basílica la noche de un lejano todavía Martes Santo.

Sola está la soledad, sola entre la multitud de fieles, sola camina hacia su hogar, la barroca iglesia del antiguo hospital donde tantos yeclanos vimos la luz por primera vez.

Marca el ritmo del paso el redoble de una caja, interrumpido intermitentemente por un pueblo que reza y llora junto a su madre a los acordes del Stábat Mater, que suena lánguido entre notas de trompeta, flauta, trombón, bombardino, clarinete y el llanto de los violines.

Ancestral oración que esta noche en Yecla, más que rezar es el mismo llanto de un pueblo afligido, que no deja a su madre sola hasta que la despide en la puerta de su casa. Mostrando al mundo entero el inmenso amor mariano que lleva impregnada la personalidad del pueblo yeclano.

No importa que tiempo haga el Domingo de Resurrección, todo brilla de una manera singular, diferente, nos invade a los cofrades y nazarenos una alegría interior, algo que nos hace salir a la calle y proclamar la

victoria de Jesucristo sobre la muerte y, de nuevo la Iglesia Vieja es testigo mudo del momento más esperado, cuando llega Jesús junto a María y de ésta desaparece el negro luto para dar paso a la alegría, la bondad y la paz que hace saltar de su escondite al “Diablico”, que corre desesperado por las calles y es motivo de risas, a la par que provoca una melancólica imagen de recuerdos ancestrales, de esos que marcan la singularidad de la Semana Santa Yeclana.

Así es como vivimos y sentimos la Semana Santa en Yecla, días agotadores, que esconden muchas horas de trabajo y muy pocas de sueño, de personas que con un celo impresionante y una gran devoción, consiguen poner cada año los desfiles en las calles para llevar el mensaje de nuestro señor al mundo, mostrando esa religiosidad popular mezcla de historia, de legado de nuestros mayores, de costumbre, de folclore, pero sobre todo de amor y de Fe, de mucha Fe, toda la que puede conservar la historia de un pueblo.

Quisiera terminar mi exaltación sobre la Semana Santa Yeclana, este humilde pregón, que quiere servir de altavoz para dar a conocer nuestra manera singular de sentir y vivir la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, con un canto de esperanza, con un llamamiento a la alegría.

Cuando el Domingo de Resurrección entréis a la Basílica de la Purísima y sintáis en el alma un pellizco porque finaliza todo.

Pensad que en realidad no es el final, lo cierto es que es el principio, Jesús ha resucitado y debemos celebrar la Pascua con mayor intensidad.

Que la experiencia vivida en los días de Pasión nos dé la seguridad de saber que Dios ha resucitado por nosotros, y desde esa dicha nace nuestro compromiso y el esfuerzo por ser luz entre los que nos rodean, en el hogar, con los amigos, en el colegio o en el puesto de trabajo.

Os deseo una Semana Santa gozosa . Llena de momentos preciosos y enriquecedores. De experiencias que conforten nuestras vidas, refuercen nuestra Fe y nos haga mejores personas, personas que podamos dar testimonio en el día a día de felicidad, de paz, de respeto, de entrega a los demás, de Fe y de amor, sobre todo de amor como motor en nuestras vidas.

Será un gran placer, si Dios quiere, volver a encontrarme con vosotros en las calles y revivir todas estas emociones.

Feliz Semana Santa a todos y nos vemos en las procesiones.

Muchas gracias por vuestra atención y buenos días.





Real Cabildo Superior
de Cofradías Pasionarias



**AYUNTAMIENTO
DE YECLA**
CULTURA
FESTEJOS